

sin trabas á la ley de la naturaleza; pero no os olvideis de que en nuestros países debe ser superior á esta ley; que debe poder acostarse tarde, levantarse temprano, ser despertado á deshora y pasar las noches en pie sin incomodarse. Empezando desde muy niño, yendo siempre poco á poco y por grados, se acostumbra el temperamento á las mismas cosas que le destruyen cuando le sujetan á ellas despues de formado.

Importa acostumbrarse cuanto antes á malas camas; es el modo de no encontrar ninguna que lo parezca. Hablando en general, la vida dura, una vez acostumbrados á ella, multiplica nuestras sensaciones gratas; la vida muelle prepara una infinidad de sensaciones desagradables. Las personas educadas con sobrada delicadeza no pueden dormir como no sea en lechos de pluma; las que están acostumbradas á acostarse sobre tablas, duermen en cualquier parte, pues no hay lecho duro para quien se duerme así que se acuesta.

Un mullido lecho donde se entierra uno en pluma, derrite y disuelve, por decirlo así, el cuerpo. Los riñones envueltos con sobrado calor se caldean, de lo que resultan con frecuencia la piedra ú otros achaques, é infaliblemente una complexion delicada que es causa de todos.

La mejor cama es la que mejor sueño infunde, y esa nos la mullimos Emilio y yo todo el dia. No necesitamos que vengan esclavos de Persia para hacerla, que cavando la tierra volvemos nuestros colchones.

Sé por experiencia que cuando un niño está bueno es fácil hacerle dormir ó velar, segun se quiera. Cuando se ha acostado el niño, y fastidia con su charla á la criada, le dice esta: *duérmete*, que es como si le dijera, *ten salud*, cuando está malo. El verdadero modo de hacerle dormir es fastidiarle á él. Hablad tanto que le preciseis á que calle, y presto se dormirá: de algo sirven los sermones; lo mismo es predicarle que mecerle; pero si os servís por la noche de este narcótico, tened cuenta con no serviros de él por él dia.

Alguna vez despertaré á Emilio, no tanto por impedirle dormir mucho tiempo, cuanto por acostumbrarle á todo, hasta á que le despierten y que le despierten sú-

bitamente. Pero, en cuanto á lo demás, muy corto sería mi talento para mi empleo si no supiera enseñarle á que se despertara él solo, y á que se levantara, por decirlo así, á voluntad mia, sin que yo le dijese una palabra.

Si no duerme lo bastante, le hago entrever para el dia siguiente una mañana fastidiosa, y tendrá por ganancia todo cuanto pueda gastar en dormir: si duerme mucho, le anuncio, para cuando se levante, una diversion de su agrado. Si quiero que se despierte á una hora fija, le digo: mañana á las seis vamos á pescar ó á pasearnos por tal parte: ¿quieres venir? Dice que sí, me ruega que le llame, se lo prometo ó no se lo prometo, segun conviene: si tarda en levantarse, ya no me halla. Desgracia sería que no aprendiera á despertarse por sí solo dentro de poco.

En cuanto á lo demás, si sucediese por acaso que un niño indolente tuviera inclinacion á encenagarse en la pereza, no deberíamos dejarle entregado á este vicio, que totalmente le entorpeceria, sino administrarle un estimulante que le despertara. Entendamos que no se trata de hacerle obrar por fuerza, sino de moverle por algun apetito que le excite; y escogido con discernimiento este apetito en el órden de la naturaleza, á un mismo tiempo nos conduce á dos fines.

No hay cosa alguna que con un poco de maña no se pueda hacer que gusten de ella, y aun con pasion, los niños, sin excitar ni su vanidad, ni su emulacion, ni sus celos. Bastanos su viveza y su espiritu de imitacion, especialmente su alegria natural, instrumento que sólida asa tiene, y que ningun preceptor ha sabido manejar. En todos los juegos sufren sin quejarse, y riéndose, lo que en un caso formal no sufrirían sin verter raudales de lágrimas. Diversiones son de los salvajes jóvenes las abstinencias prolongadas, los golpes, las quemaduras, toda especie de tormentos; prueba de que hasta el dolor tiene condimento que le quita su amargura; pero no todos los maestros saben preparar este manjar, ni acaso todos los discípulos pueden paladearle sin hacer gestos. Si no pongo cuidado, otra vez me voy á descarrar en excepciones.

No obstante, lo que ninguna admite es la sujecion del hombre al dolor, á los males de su especie, á los desmanes y peligros de la vida, á la muerte, en fin. Quanto mas le familiaricemos con estas ideas, mas le sanaremos de la importuna sensibilidad que junta con el mal la impaciencia de aguantarle; mas le domesticaremos con las angustias que aun pueden alcanzarle; mas le quitaremos, como hubiera dicho Montaigne, el aguijon de la extrañeza, y será mas invulnerable y dura su alma, siendo su cuerpo la cota de malla que despunte todos los dardos que pudieran herirle en lo vivo. Un solo azar habrá verdaderamente sensible para él, que es morir; y tambien, como las inmediaciones de la muerte no son la muerte misma, apenas la sentirá en calidad de tal; no morirá, por decirlo así, estará muerto ó vivo, y nada mas. De él sí que hubiera podido decir el mismo Montaigne lo que dijo de un rey de Marruecos: «Que nadie había vivido tan dentro de la muerte.» La constancia y la entereza, son como las demás virtudes, aprendizajes de la infancia; empero no se enseñan á los niños diciéndoles su nombre, sino haciéndoselas saborear antes que sepan lo que son.

Pero tratándose de morir, ¿cómo nos conduciremos con nuestro alumno tocante al riesgo de las viruelas? ¿Se las inocularemos en su primera infancia, ó aguardaremos á que se contagie naturalmente? La primera determinacion, mas conforme con nuestra práctica, exime de peligro la edad en que es mas preciosa la vida, á riesgo de la que menos lo es, si puede calificarse de riesgo una inoculacion bien administrada. La segunda es, empero, mas conforme á mis principios generales, de dejar obrar en todo á la naturaleza en los cuidados que se complace en tomar sola, y que abandona así que quiere el hombre ayudarla. Siempre está dispuesto el hombre de la naturaleza: dejemos que ella le inocule, que escogerá mejor que nosotros el instante oportuno.

No se colija de aquí que desapruuebo la inoculacion, porque el raciocinio en virtud del cual eximo de ella á mi alumno no es aplicable á los vuestros. Si son acometidos de las viruelas, vuestra educacion los prepara á que no sanen de ellas; si los dejais contagiar á la

aventura, probable es que perezcan. Veo que quanto mas necesaria es la inoculacion en ciertos paises, tanto mas se resisten á ella; y con facilidad se echa de ver la razon. Apenas me ocuparé de ventilar esta cuestion tocante á mi Emilio. Será inoculado ó no lo será, segun los tiempos, los lugares y las circunstancias, que esto es casi indiferente para él. Si le inoculamos las viruelas, sacaremos la utilidad de preveer y conocer de antemano su dolencia, que algo es; pero si naturalmente se contagia, le habremos preservado del médico, que es mas todavia.

Una educacion exclusiva cuyo único fin es distinguir de la plebe á los que la han recibido, prefiere siempre las instrucciones mas costosas á las mas comunes, y por eso mismo mas útiles. Así todos los jóvenes educados con esmero aprenden á montar á caballo, porque cuesta caro; pero ninguno aprende á nadar, que nada cuesta, porque puede un artesano nadar tan bien como el primero. No obstante, sin haber entrado en un picadero, cualquiera monta á caballo, se tiene firme, y se sirve de él para quanto necesita; pero dentro del agua el que no nada se ahoga, y ninguno nada sin haber aprendido. Por fin, nadie está obligado á montar á caballo so pena de la vida, pero ninguno está cierto de evitar el peligro de ahogarse, á que tantas veces nos vemos expuestos. Emilio se hallará en el agua como en la tierra. ¡Así pudiera vivir en todos los elementos! Si fuera posible enseñarle á volar, haria de él un águila, y una salamandra, si fuera dable endurecerle al fuego.

Temen que se ahogue un niño cuando aprende á nadar: bien se ahogue cuando aprende ó por no haber aprendido, siempre será culpa vuestra. La vanidad sola es la que nos hace temerarios; nadie lo es cuando no le miran. Emilio no lo sería, aunque le contemplase el universo entero. Como el ejercicio no pende del riesgo, en un canal del huerto de su padre aprenderia á atravesar el Helesponto; pero es preciso acostumbrarse con riesgo, para enseñarse á perder el miedo; y esta es parte esencial del aprendizaje de que acabo de hablar. En cuánto á lo demás, siempre atento á medir con sus fuerzas el peligro, y á tomar parte en él, no tendré que

recelar imprudencias cuando arregle el cuidado de su conservacion por el que debo á la mia.

Mas chico que un hombre es un niño; no tiene su razon ni su fuerza; pero oye y vé tan bien como él; ó con poquisima diferencia; tiene el paladar tan sensible, aunque no sea tan delicado, y distingue lo mismo que él los olores, si bien no tiene su sensualidad. Las primeras facultades que en nosotros se forman y perfeccionan, son los sentidos; por tanto, son las primeras que deberian cultivarse, y las únicas que se echan en olvido, ó que mas se descuidan.

Ejercitar los sentidos, no solo es hacer uso de ellos, sino enseñarse á juzgar bien por ellos; aprender, por decirlo así, á sentir, porque no sabemos palpar, ver, ni oír, sino como hemos aprendido.

Hay un ejercicio meramente natural y mecánico, que sirve para robustecer el cuerpo sin dar ocupacion ninguna al juicio: nadar, correr, brincar, hacer bailar una peonza, tirar piedras, todo ello es excelente. ¿Pero no tenemos mas que brazos y piernas? ¿No tenemos tambien ojos y oídos? ¿Son supérfluos estos órganos para el uso de los primeros? No ejerciteis exclusivamente las fuerzas, ejercitad al mismo tiempo los sentidos que las dirigen, sacad toda la utilidad posible de ellos, verificad luego la impresion de uno por la de otro; medid, contad, pesad, comparad. No empleeis la fuerza antes de calcular la resistencia; haced siempre de manera que preceda al uso de los medios la valuacion del efecto. Convened al niño de que nunca haga esfuerzos insuficientes ó supérfluos. Si le acostumbrais á que prevea el efecto de todos sus movimientos, y rectifique con la experiencia sus errores, ¿no es claro que cuanto mas obre, mas ganará en discernimiento?

¿Se trata de mover una masa? Si toma una palanca muy larga, gastará sobrado movimiento; si es muy corta, no tendrá la suficiente fuerza: la experiencia le enseña á escoger la que justamente necesita. Esta discrecion no es superior á su edad. ¿Se trata de llevar una carga? Si quiere cogerla tan pesada como la pueda llevar, y no probarse con otra imposible para él de levantar, ¿no será forzoso que con la vista valúe su peso?

¿Sabe ya comparar masas de la misma materia y de distinto volúmen? Pues escoja masas de un mismo volúmen y distintas materias, y será menester que aprenda á comparar sus pesos específicos. Yo vi un jóven muy bien educado, que no quiso creer, antes de hacer la experiencia, que un cubo lleno de astillas de madera de encina pesase menos que lleno de agua.

No podemos disponer igualmente del uso de todos nuestros sentidos. Uno hay, que es el tacto, cuya accion no se suspende nunca mientras estamos despiertos; que está esparcido por toda la superficie de nuestro cuerpo como un vigia atento á darnos aviso de cuanto puede ofendernos. Tambien es el sentido cuya experiencia, de grado ó por fuerza, mas presto adquirimos, en virtud de este continuo ejercicio, y por consiguiénte, que menos necesitamos cultivar particularmente. No obstante observamos que los ciegos tienen el tacto mas seguro y exquisito que nosotros, porque careciendo del auxilio de la vista, se ven forzados á sacar únicamente del primero de estos sentidos los juicios que nosotros debemos al segundo. ¿Pues por qué no nos ejercitamos en andar como ellos por lo oscuro, en conocer los cuerpos que podemos tocar, en juzgar de los objetos que nos rodan, mas breve, en hacer de noche y sin luz todo cuanto hacen ellos de dia y sin ojos? Mientras luce el sol, les llevamos ventajas; en tinieblas son ellos nuestros guías. Ciegos somos la mitad de la vida, con la diferencia de que los verdaderos ciegos siempre saben conducirse, y nosotros no nos atrevemos á dar un paso en lo mas oscuro de la noche. Tenemos luces, me dirán. ¡Conque siempre máquinas! ¿Y quién os dice que os han de seguir á todas partes cuando las necesiteis? Por mi parte, mas quiero que Emilio lleve sus ojos al cabo de sus dedos, que tenerlos en la tienda de un cerero.

¿Estais encerrado en un edificio en la oscuridad de la noche? Dad una palmada, y por la resonancia del sitio vereis si es vasto ó reducido el recinto, si estais en medio ó en un rincon. A medio pie de la pared, el aire menos ambiente y mas reflejado, causa otra sensacion en el rostro. No salgais de un sitio y volveis su-

cesivamente á todos lados; si hay una puerta abierta, os la indicará una ligera corriente de aire. ¿Vais en un barco? Por el modo con que os diere el aire en el rostro, conoceréis no solamente la direccion que llevais, mas tambien si os lleva despacio ó aprisa la corriente del río. Solo de noche pueden hacerse bien estas observaciones y otras mil análogas; por muy atentos que queramos estar á ellas de dia claro, siempre nos ayudará ó nos distraerá la vista, y se nos irá la idea. No obstante, hasta aqui todavía no nos hemos valido de la mano, ni del baston. ¡Cuántos conocimientos oculares se pueden adquirir por el tacto, aun sin tocar cosa ninguna!

Muchos juegos nocturnos. Este consejo es mas importante de lo que parece. Naturalmente asusta la noche á los hombres, y algunas veces á los animales (1): á pocas personas libran de este tributo la razon, los conocimientos, el talento y el valor. Pensadores he visto yo, espíritus fuertes, filósofos, militares intrépidos de dia claro, que de noche temblaban como mujeres si oían menearse una hoja de árbol. Este pavor le atribuyen á los cuentos de las nodrizas, y se engañan, porque tiene causa natural. ¿Qué causa es esta? La misma que hace desconfiados á los sordos, y supersticiosa la plebe; la ignorancia de las cosas que tenemos cerca, y de lo que sucede en torno de nosotros (2). Pues estoy

(1) Este miedo se manifiesta muy á las claras en los eclipses totales de sol.

(2) Otra causa explica del siguiente modo un filósofo, cuyo libro cito á menudo, y cuyas vastas ideas me instruyen todavía con mas frecuencia.

«Cuando por circunstancias particulares no podemos formarnos cabal idea de la distancia, ni podemos juzgar de los objetos de otro modo que por el tamaño del ángulo, ó mas bien de la imágen que forman en nuestros ojos, entonces necesariamente nos equivocamos acerca del tamaño de estos mismos objetos. Todos los que han caminado de noche han experimentado que una zarza que estaba inmediata les parecía un árbol corpulento distante, ó bien que un árbol corpulento distante les parecía una zarza inmediata. Del mismo modo, si no conocemos los objetos por su configuración, y no podemos tener idea ninguna de la distancia, necesariamente nos equivocaremos tambien: en tal caso, una mosca que pase con velocidad á algunas pulgadas de nuestros ojos, nos parecerá un pájaro que vuela á distancia muy remota; un caballo quieto en mitad de un campo, y en una postura semejante, por ejemplo, á

acostumbrado á ver desde lejos los objetos, y á preveer de antemano sus impresiones, ¿cómo no he de suponer mil séres, mil movimientos que me puedan perjudicar, sin que sea posible resguardarme de ellos, cuando nada veo de lo que tengo cerca? Aunque sepa estar seguro en el sitio en que me hallo, nunca lo sé tan bien como

la de un carnero, no nos parecerá mayor que un carnero, mientras no conozcamos que es un caballo; pero asi que lo conozcamos, nos parecerá del tamaño de un caballo, y al punto rectificaremos nuestro primer juicio.

«Siempre que uno se halle de noche en parajes desconocidos, donde no pueda juzgar de la distancia, ni pueda reconocer la forma de las cosas á causa de la oscuridad, correrá peligro de equivocarse en los juicios que formare sobre los objetos que se le presenten. De aqui proviene el pavor y la especie de miedo interno que á casi todos los hombres infunde la noche; y este fundamento tiene la apariencia de espectros, y figuras agigantadas y horrorosas que tantas personas dicen haber visto. Por lo comun les responden que estas figuras existian en su imaginacion; no obstante, podian realmente existir en sus ojos, y muy posible es que efectivamente hayan visto lo que dicen; porque necesariamente debe suceder, siempre que solo pueda juzgarse de un objeto por el ángulo que forma en el ojo, que el objeto desconocido abulte y se agrande mas á medida que mas cerca esté; y si al espectador, que no puede conocer lo que ve, ni juzgar á qué distancia está, le pareció primero de algunos pies de alto, cuando se hallaba á veinte ó treinta pasos, le parezca de una altura de muchas toesas, cuando solo esté á distancia de algunos pies; lo cual debe efectivamente asmarle y atemorizarle hasta que llegue á tocar ó conocer el objeto; porque en cuanto conozca lo que es, este objeto que tan agigantado se figuraba disminuirá instantáneamente; y no le parecerá mayor que su tamaño real: pero si huye, ó no se atreve á acercarse, es cierto que no tendrá otra idea de este objeto que la de la imágen que en el ojo formaba, y realmente habrá visto una figura agigantada ó espantosa por su tamaño y forma. Asi la preocupacion de los espectros se funda en la naturaleza; y estas apariencias no penden, como los filósofos creen, meramente de la imaginacion.—*Historia natural del hombre, del conde de Buffon.*

En el testo he procurado hacer ver cómo penden siempre en parte de ella; y en cuanto á la causa que aqui se explica, bien se ve que la costumbre de andar de noche nos debe enseñar á distinguir las apariencias que la semejanza de formas y la diversidad de distancias hacen que á nuestros ojos tomen los objetos en la oscuridad, porque cuando todavía está el aire bastante claro para hacernos distinguir los contornos de los objetos, como á mayores distancias hay mas aire interpuesto, cuando está el objeto mas desviado de nosotros debemos ver menos señalados estos contornos; lo cual, á fuerza de hábito, basta para preservarnos del error que aqui explica Buffon. Asi, sea cual fuere la explicacion que se prefiera, siempre se encontrará eficaz mi método y esto lo confirma completamente la experiencia.

si lo viera por mis ojos: por tanto, siempre tengo un motivo de temor que no tenia de dia claro. Ciertamente sé que un cuerpo extraño rara vez puede obrar en el mio sin anunciarse con algun ruido; por eso ¡cuán alerta tengo sin cesar el oido! Al menor ruido cuyo motivo no conozco, me fuerza el interés de mi conservacion á que al instante suponga todo cuanto me debe poner en cuidado, y por consiguiente todo lo que mas capaz es de asustarme.

¿Nada absolutamente oigo? No por eso quedo sosegado; porque al cabo tambien sin ruido pudieran sobrecogerme. Menester es que suponga las cosas como estaban antes, como deben estar todavía, que vea lo que no veo. Precicado así á dar suelta á mi imaginacion, en breve ya no soy dueño de ella, y sirve para sobresaltarme mas de lo que habia trabajado para serenarme. Si oigo bulla, oigo ladrones; si nada oigo, veo fantasmas; la vigilancia que me inspira el afan de conservarme, solo me infunde motivos de temor; todo cuanto me debe tranquilizar solo existe en mi razon; mas fuerte el instinto me dice cosas enteramente diferentes. ¿Qué sirve pensar que nada hay que temer, si entonces nada hay que hacer?

Descubierta la causa del mal, ella misma indica el remedio. En todas cosas el hábito mata la imaginacion; solo los objetos nuevos la despiertan. En los que vemos todos los dias, no es la imaginacion la que obra, es la memoria; y esa es la razon del axioma *ab assuetis non fit passio*, de las cosas acostumbradas no resulta pasion; porque solo las pasiones se encienden con el fuego de la imaginacion. Así, pues, no discutais con el que intentéis curar del miedo á la oscuridad; llevadle con frecuencia á sitios oscuros, y estad cierto de que todos los argumentos de la filosofia no valdrán tanto como esta costumbre. A los albañiles no se les va la cabeza al andar por los tejados, y no vemos que conserve miedo á la oscuridad quien se habitúa con ella.

He aquí otra nueva utilidad de los juegos nocturnos que se añade á la primera; mas para que se afluente el niño á estos juegos, nunca recomendaré lo bastante la mucha alegría. No hay cosa mas triste que las tinie-

blas; no encerreis á vuestro niño en un calabozo; entre riéndose en la oscuridad; vuélvase á reir antes de salir de ella; y mientras estuviere en el paraje oscuro, que la idea de la diversion que ha dejado, y que al salir volverá á encontrar, le preserve de las fantásticas imágenes que pudieran acometerle.

Un término hay en la vida, pasado el cual, quien adelanta retrocede. Conozco que he pasado ya este término. Vuelvo, por decirlo así, á empezar otra carrera. El vacío de la edad madura que de mí se ha hecho sentir, me retrata el dulce tiempo de mis primeros años. Haciéndome viejo, me vuelvo niño, y con mas gusto recuerdo lo que hacia de diez años, que lo que de treinta. Perdonadme, lectores, si alguna vez saco los ejemplos de mi propio, porque para componer bien este libro, es necesario que lo haga con gusto.

Estaba yo en un pueblo á pupilo casa de un ministro protestante llamado el señor Lambercier, y conmigo un primo mas rico que yo, á quien trataban como heredero, mientras que, lejos de mi padre, no era yo mas que un pobre huérfano. Mi primo Bernardo era miedoso, de noche sobre todo. Tanta matraca de su miedo le daba yo, que fastidiado de mis bravatas, el señor Lambercier quiso poner á prueba mi buen ánimo. Una noche muy oscura de otoño, me dió la llave del templo, diciéndome fuera á buscar en el púlpito la biblia que se habia dejado olvidada; y para picarme en la honra, añadió algunas palabras que me imposibilitaron de rehusar la comision. Fuime sin luz, y si la hubiera llevado, peor todavía habria sido; era preciso pasar por el cementerio, y le atravesé con mucho denuedo, porque mientras he estado á cielo raso, nunca he tenido miedo de noche.

Al abrir la puerta, oí en la bóveda cierto murmullo confuso que me pareció de voces humanas, lo cual empezó á dar al traste con mi pretendida entereza. Abierta la puerta quise entrar, pero apenas hube dado algunos pasos, me detuve. Contemplando la profunda oscuridad que reinaba en este vasto recinto, me sobrecogió un terror que hizo se me erizaran los cabellos: retrocedo, salgo, y hecho á correr temblando. En el patio

hallé un perro llamado Sultan que con sus halagos me hizo cobrar ánimo. Avergonzado con mi susto me vuelvo atrás, procurando llevar conmigo al perro, que no quiso seguirme. Paso á toda prisa el umbral de la puerta y entro en la iglesia; mas apenas estuve dentro cuando me volvió el miedo, pero con tal fuerza, que perdí el tino; y aunque sabia muy bien que el púlpito se hallaba á la derecha, le busqué mucho tiempo á la izquierda, me enredé entre los bancos, perdí el tino, y no pudiendo dar con el púlpito ni con la puerta, me trastorné todo de un modo indecible. Al fin doy con la puerta, logro salir del templo, y me desvíó como la vez primera, resuelto á no volver á entrar solo como no fuese de día claro.

Vuelvo á casa. Al ir á entrar siento al Sr. Lamercier que daba grandes carcajadas. Conozco que son por mí, y con la confusion de verme expuesto á ellas, dudo si abriré la puerta. En este intervalo oigo que la hija del Sr. Lamercier, asustada con mi tardanza, dice á la criada que tome el farol, y al Sr. Lamercier que salga á buscarme, escoltado de mi intrépido primo, al cual no hubieran dejado de atribuir toda la honra de la expedicion. Al instante se disipan todos mis sustos, y no me queda otro que el de que me cojan en mi fuga: corro, vuelo al templo; sin equivocarme, sin andar á tientas, llego al púlpito, subo, agarro la biblia, bajo de un salto, en otros tres estoy fuera del templo, olvidándome hasta de cerrar la puerta; entro en el cuarto sin respiracion, tiro la biblia sobre el bufete, azorado; pero palpitando de gozo por haberme adelantado al socorro que me preparaban.

Me preguntarán si cito este rasgo como dechado que se haya de seguir, y como ejemplo de la alegría que exijo en esta especie de ejercicio. No; le cito como prueba de que no hay cosa que mas haga cobrar ánimo al que está asustado con las sombras de la noche, que oír en un aposento inmediato una reunion reirse y conversar tranquilamente. Quisiera yo que en vez de divertirse el ayo solo con su alumno, se juntasen por las noches muchos chicos de buen humor; que no los hiciesen ir separados al principio, sino muchos juntos, y que

ninguno se aventurase enteramente solo, sin estar cierto de antemano de que no se asustaria mucho.

No imagino cosa mas provechosa y agradable que semejantes juegos, si se ordenan con un poco de maña. Haria en una gran sala una especie de laberinto con mesas, taburetes, sillas y biombos. En las vueltas y revueltas de este laberinto colocaria, en medio de ocho ó diez cajas de trampa, otra caja casi semejante, bien atestada de confites; designaria en términos claros, pero sucintos, el sitio preciso en que se encuentra la caja buena; daria la indicacion suficiente para que la distinguieran personas mas atentas y menos atolondradas que criaturas (1); luego, despues de haber sorteado los contrincantes, los enviaria á buscar uno tras de otro, hasta que se encontrase la caja buena; lo cual cuidaria yo de hacer mas difícil á proporcion de su maña.

Figuraos un pequeño Hércules que llega con su caja en la mano, ufano de su expedicion. Se pone la caja encima de la mesa, y se abre con toda ceremonia. Desde aquí oigo las carcajadas y la algazara de la alegre cuadrilla, cuando en vez de los dulces que se esperaban, se encuentran con un abejorro, un escarabajo, un carbon, una bellota, un nabo, ú otra cosa así, muy bien puesta encima de una cama de helecho ó de algodón. Otras veces, en un cuarto acabado de blanquear, se colgará cerca de la pared algun juguete, algun dijecillo que se trate de que le cojan sin tocar á la pared. Apenas entre el que le traiga, cuando si en algo ha faltado á la condicion, el ala del sombrero, la punta del zapato, la falda ó la manga del vestido manchados de blanco, nos indicarán su poca maña. Con esto basta y aun sobra acaso para dar á conocer el espíritu de esta especie de juegos. Si he de deciroslo todo, no me sigais leyendo.

¡Un hombre educado así, cuántas ventajas saca de noche á los demás! Acostumbrados sus pies á pisar fir-

(1) Para enseñarlos á que estén atentos, nunca les digais cosas que no tengan un interés sensible y actual en entender bien; especialmente nunca circunloquios, nunca palabras supérfluas; pero tampoco dejéis punto oscuro ni equivoco en vuestras razones.

me en las tinieblas; ejercitadas sus manos en aplicarse con facilidad á todos los cuerpos inmediatos, sin dificultad le conducirán en la oscuridad mas densa. Llena su imaginacion de los juegos nocturnos de su niñez, con dificultad se retratará objetos temibles. Si cree oír carcajadas, serán para él las de los niños sus antiguos camaradas, no las de los duendes: si se representa una reunion no será un aquelarre de brujas, sino el aposento de su ayo. Como la noche solo le recuerda ideas alegres, nunca será para él horrorosa, y en vez de temerla la amará. ¿Se trata de una expedicion militar? Dispuesto estará á cualquier hora, lo mismo solo que con su tropa. Entrará en el campo de Saul, le andará todo sin extraviarse, llegará hasta la tienda del rey sin despertar á nadie, y se volverá sin ser visto. ¿Es necesario robar los caballos de Reso? Dirigíos á él sin recelo. Entre hombres educados de otra manera, con dificultad hallareis un Ulises.

He visto algunas personas que, dando sustos á los niños, los quieren acostumar á que pierdan el miedo de noche. Este método es malísimo; produce un efecto diametralmente opuesto al que se desea, y solo sirve para hacerlos mas medrosos cada dia. Ni la razon ni el hábito pueden serenarnos acerca de la idea de un peligro actual cuyo grado y especie no conocemos, ni acerca de acometimientos que muchas veces nos han hecho. Empero ¿cómo nos cercioraremos de que nuestro alumno nunca estará expuesto á semejantes azares? Me parece que el mejor consejo que podemos darle para precaverlos es el siguiente: «En este caso, le dijera yo á mi Emilio, te hallas tú en el de una justa defensa, porque no te permite tu agresor que sepas si quiere hacerte daño, ó solo meterte miedo; y cómo se ha puesto en parage ventajoso, ni aun la fuga es refugio seguro para tí. Así coje con desnudo al que te embista de noche, hombre ó animal, nada importa; apriétale, ténle asido con toda tu fuerza; si forcejea por desasirse, sacúdele, no andes corto en tus golpes; y diga ó haga lo que quisiere, no le sueltes hasta que sepas lo que es: es presumible que entonces te enseñe la explicacion que no sabia mucho que temer, porque este modo de tratar á

los graciosos, los debe naturalmente escarmentar de volver á hacerlo.»

Aunque entre todos nuestros sentidos sea el tacto el que mas continuamente ejercitamos, no obstante permanecen sus juicios, como ya he dicho, mas imperfectos y toscos que los de ningun otro, porque de continuo mezclamos con su uso el de la vista, y alcanzando los ojos al objeto antes que la mano, el alma juzga casi siempre sin esta. En cambio los juicios mas seguros son los del tacto, precisamente porque son los mas limitados; pues como no se extienden mas allá que á donde pueden alcanzar nuestras manos, ratifican el apresuramiento de los demás sentidos, que se lanzan sobre objetos que á penas perciben, mientras que todo lo que percibe el tacto lo percibe bien. Añádase que juntando, cuando nos acomoda, la fuerza de los músculos con la accion de los nervios, por una sensacion simultánea unimos, con el juicio del temple, del tamaño y la figura, el del peso y la solidez. De esta suerte, al mismo tiempo que el tacto es entre todos los sentidos el que mejor nos instruye de la impresion que en nuestro cuerpo pueden hacer los estraños, tambien es el que con mas frecuencia nos sirve, y el que mas inmediatamente nos da los conocimientos necesarios para nuestra conservacion.

Puesto que el tacto ejercitado suple la vista, ¿por qué no ha de poder tambien suplir al oido hasta cierto punto, una vez que los sonidos excitan en los cuerpos sonoros conmociones sensibles al tacto? Poniendo una mano en la caja de un violon, podemos, sin el auxilio de los ojos ni los oidos, por solo el modo de vibrar y estremecerse la madera, distinguir si el tono del instrumento es grave ó agudo, si procede de la prima ó del bordon. Ejercitese el sentido en estas diferencias, y no dudo que con el tiempo llegaria á ser tan sensible que se pudiese comprender un trozo de música por el tacto. Esto supuesto, claro es que con facilidad pudiéramos hablar á los sordos en música, porque como los tonos y los tiempos no son menos aptos para combinaciones regulares que las articulaciones y las voces, pueden tomarse igualmente por elementos del discurso.

Ejercicios hay que embotan el sentido del tacto, haciéndole mas obtuso; por el contrario, otros le aguzan y tornan mas exquisito y delicado. Uniendo los primeros mucho movimiento y fuerza á la continua impresion de los cuerpos duros, ponen áspero y calloso el cútis, quitándole el sentimiento natural; los segundos varían este mismo sentimiento con un ligero y frecuente tacto, de suerte que atenta el alma á impresiones repetidas, con frecuencia adquiere facilidad en discernir todas sus modificaciones. En los instrumentos de música es palpable esta diferencia: la pulsacion dura y que lastima del violon, del contrabajo, y aun del violin, hace los dedos mas flexibles, pero encallece las yemas. La pulsacion suave del piano hace tan flexibles los dedos y al mismo tiempo mas sensibles las yemas: para esto es preferible.

Importa que se endurezca el cútis á las impresiones del aire, y que pueda arrostrar sus alteraciones, porque es el que defiende todo lo demás. Fuera de esto, no querría que aplicada la mano con demasiada fuerza á las mismas faenas, se llegara á endurecer, ni encallecido su cútis perdiese aquel tacto exquisito que da á conocer cuáles son los cuerpos por donde la pasamos, y segun la especie de contacto hace á veces que en la oscuridad nos extremezcamos de diversos modos.

¿Por qué ha de ser necesario que lleve siempre mi alumno una piel de toro bajo las plantas de los pies? ¿Seria tan malo que la suya propia pudiera, si fuese necesario, servirle de suela? Claro es que en esta parte la delicadeza del cútis nunca servirá de nada, y muchas veces, puede ser perjudicial. Cuando despertando los ginebrinos á media noche en lo mas rudo del invierno se encontraron con el enemigo dentro de la ciudad, mas presto toparon con sus fusiles que con sus zapatos. Si ninguno de ellos hubiera podido andar descalzo, ¿quién sabe si Ginebra hubiera sido tomada?

Armemos sin cesar al hombre contra los azares inesperados. Ande Emilio por la mañana en todo tiempo descalzo de pie y pierna por el aposento, por la escalera, por el jardín; lejos de reñirle le imitaré, sin tener mas cuidado que los de apartar los vidrios. Presto ha-

blaré de las faenas y juegos manuales. En cuanto á lo demás, aprenda á ejecutar todos los pasos que favorezcan las evoluciones del cuerpo, á llevar en todas las posturas una planta desembarazada y sólida; sepa saltar adelante, á lo alto, trepar por un arbol, escalar una tapia, guarde siempre su equilibrio, vayan todos sus movimientos y ademanes ordenados por las leyes ponderales, mucho tiempo antes de que venga la estática á explicárselos. Por el modo con que apoye su pie en tierra, y descanse el cuerpo sobre la pierna, debe conocer si su postura es buena ó mala. Un andar seguro siempre tiene gracia, y las mas firmes posturas son tambien las mas elegantes. Si fuera yo maestro de baile, no haria todas las monerías de Marcel (1), que son buenas para la tierra donde él las hace; pero en vez de enseñar eternamente á pernear á mi alumno, le llevaria al pie de un peñasco; allí le diria la postura que se ha de tomar, cómo se ha de llevar la cabeza y el cuerpo, qué movimiento se ha de hacer, de qué modo se ha de poner unas veces el pie y otras la mano, para seguir con ligereza los senderos escarpados, ásperos y rudos, y lanzarse de punta en punta, subiendo unas veces y bajando otras. Mejor le haria émulo de nungamo que bailarín de ópera.

Cuanto concentra el tacto sus operaciones en torno del hombre, tanto extiende la vista las suyas lejos de él, y esto es lo que las hace falaces: de una mirada abraza el hombre la mitad de su horizonte. En la multitud de sensaciones simultáneas y juicios que estas excitan, ¿cómo se ha de equivocar en ninguno? Por tanto, la vista es el mas defectuoso de nuestros sentidos, precisamente porque se extiende mas, y porque dejándose muy atrás á los otros, son prontas y vastas sus

(1) Célebre maestro de baile de Paris, que conociendo con quien las habia, se hacia el extravagante por malicia, y atribuia á su arte una importancia que la gente fingia tener por ridicula, pero que en realidad le acarrea el mas profundo respeto. En otro arte tambien de jugar, vemos hoy á un artista comediante que hace el hombre de importancia y el loco, y no se sale menos con lo que quiere. Este método siempre es seguro en Francia. Mas cándido y menos embelesador el talento verdadero no hace fortuna. Aqui la modestia es la virtud de los tontos.



operaciones para que puedan ellos rectificarlas. Hay mas: las ilusiones mismas de la perspectiva nos son necesarias para llegar á conocer la extension y comparar sus partes. Sin las falsas apariencias nada veriamos lejos; sin las gradaciones de luz y tamaño, no podriamos valuar distancia ninguna, ó mas bien, no la habria para nosotros. Si en dos árboles iguales nos pareciese el que dista cien pasos de nosotros tan alto y tan claro como el que está diez, los creeríamos uno al lado de otro. Si distinguésemos todas las dimensiones de los objetos con su medida verdadera, no veriamos espacio ninguno y todo nos parecería encima.

Para juzgar del tamaño de los objetos y de su distancia, no tiene el sentido de la vista mas que una medida, que es la apertura del ángulo que forman en nuestros ojos; y como esta es un efecto simple de una causa compuesta, el juicio que en nosotros provoca, deja indeterminada cada causa particular, y es necesariamente defectuoso. Porque, ¿cómo he de distinguir con la vista sola si el ángulo bajo que veo un objeto mas chico que otro, es porque efectivamente el objeto es mas chico, ó porque está mas distante?

Por tanto, es preciso seguir aquí un método inverso al anterior; doblar la sensacion en vez de simplificarla, verificarla siempre por otra; sujetar el órgano visual al táctil, y reprimir, por decirlo así, la impetuosidad del primer sentido por el paso tardo y regulado del segundo. Por no acomodarnos á esta práctica, son inexactísimas nuestras medidas por valuacion. No tenemos exactitud en la ojeada para fallar de las alturas, las longitudes, las profundidades y las distancias; y la prueba de que no es tanto culpa del sentido como de su uso, es que los ingenieros, los agrimensores, los arquitectos, los albañiles, los pintores, tienden generalmente la ojeada mucho mas segura que nosotros, y aprecian con mas ajuste las medidas de extension, porque adquiriendo en esto por su oficio la experiencia que nosotros no nos curamos de adquirir, rectifican el error del ángulo por las apariencias que le acompañan, y determinan con mas exactitud á sus ojos la relacion de ambas causas de este ángulo.

Todo cuanto da movimiento al cuerpo sin violentarle, es fácil siempre alcanzarlo de los niños. Mil medios hay de interesarlos á que midan, conozcan y valúen las distancias. Allí hay un cerezo muy alto; ¿qué haremos para coger cerezas? ¿Es buena para eso la escalera del pajar? Allí hay un arroyo muy ancho: ¿cómo le atravesaremos? ¿Alcanzará á las dos orillas una de las tablas del patio? Quisiéramos pescar desde nuestra ventana en los fosos de la quinta: ¿cuántas brazas ha de tener nuestro cordel? Querria hacer un columpio entre estos dos árboles: ¿nos bastará con una cuerda de dos metros? Me dicen que en la otra casa tendrá nuestro aposento veinte y cinco pies cuadrados: ¿crees que nos convenga? ¿será mayor que esté? Tenemos mucha hambre; allí hay dos lugares, ¿á cuál de los dos llegaremos antes para comer? etc.

Tratábase de ejercitar en correr á un niño indolente y perezoso, que no tenia inclinacion á este ni á ningun otro ejercicio, aunque le destinaban al estado militar; se habia persuadido, no sé cómo, de que un hombre de su clase nada debia hacer ni saber, y que su nobleza le debia servir de brazos, de piernas, y de toda clase de mérito. Apenas la maña del mismo Chiron hubiera bastado para hacer del tal niño un Aquiles de pies ligeros. Aumentaba la dificultad, el que yo no queria mandarle nada absolutamente, habiendo desterrado de mis derechos las exhortaciones, las promesas, las amenazas, la emulacion y el deseo de lucirse. ¿Cómo le habia de inspirar el de correr sin decirle nada? Correr yo mismo, hubiera sido medio poco seguro y expuesto á inconvenientes; tratábase tambien por otra parte de sacar de este ejercicio algun objeto de instruccion para él, con el fin de acostumbrar las operaciones del cuerpo y las del juicio á que siempre fuesen acordes. Resolví, pues, hacer lo que sigue.

Cuando salia á pasear con él por las tardes metia algunas veces en el bolsillo dos tortas de cierta clase que á él le gustaban mucho; nos comiamos cada uno la suya en el paseo (1), y nos volviámos muy satisfechos.

(1) Paseo por el campo, como veremos poco mas adelante. Los pa-

Reparó un día que llevaba yo tres tortas; él solo hubiera podido comerse seis sin esfuerzo; engulle muy presto la suya, y me pide la tercera. No, le respondí; yo también la comería de muy buena gana, ó la partiríamos; pero mejor quiero verla ganar al que mas corra de aquellos muchachos que allí están. Llaméles, enseñéles mi torta, y propúseles la condicion: no deseaban otra cosa. Se colocó la torta encima de una ancha piedra, que nos sirvió de meta; señalóse la carrera; fuimos á sentarnos: dada la señal, parten los muchachos; el vencedor cogió la torta, y se la comió sin vacilar en presencia de los espectadores y del vencido.

Esta diversion valia mas que la torta; pero no prendió al principio, ni surtió efecto ninguno. No me cansé ni me di prisa, que la educacion de los niños es un oficio en que hay precision de saber desperdiciar tiempo para ganarle. Continuamos en nuestros paseos: unas veces tomabamos tres tortas, otras cuatro, y de tiempo en tiempo habia una ó dos para los corredores. Si no era muy grande el premio, tampoco los contendientes eran ambiciosos: el que le ganaba era elogiado, felicitado; todo se hacia con aparato. Para dar motivo á las revoluciones y aumentar el interés, señalaba carrera mas larga, y admitia á muchos competidores. Apenas entraban en la liza, formaban corro para verlos todos cuantos pasaban; los animaban con aclamaciones, con gritos, con palmoteos; ví alguna vez á mi hombrecito dar saltos en su asiento, levantarse, gritar cuando iba uno á alcanzar ó á dejar atrás á otro; eran para él los juegos olímpicos.

No obstante, los corredores usaban á veces de superchería; se detenian mutuamente, ó se tiraban al suelo, ó tiraba piedras uno al pasar otro. Esto me obligó á separarlos, y á hacerlos salir de distintos puntos, aunque igualmente distantes de la meta; en breve se

---

seos públicos de las ciudades son perniciosos para los niños de uno y otro sexo. Abi es donde empiezan á tener vanidad, y á querer que los miren; al Luxemburgo, á las Tullerías, y sobre todo al Palacio Real, va la brillante juventud de Paris á adquirir el ademan impertinente y presumido que la hace tan ridicula, y que es causa de que la critiquen y detesten en toda Europa.

verá el motivo de esta prevision, porque debo circunstanciar muy por menudo este importante asunto.

Aburrido de ver que siempre comiesen, mirándolo él, tortas que le daban mucha dentera, llegó al fin á imaginar que para algo podia servir el correr bien, y viendo que también él tenia dos piernas, empezó á probar á hurtadillas. Guardéme yo de darle á entender que sabia su ejercicio, pero bien ví que habia salido con mi extratagema. Cuando se creyó con fuerza suficiente, (y antes que él penetré yo su designio), comenzó á importunarme para que le diera la torta que quedaba; se la niego; porfia él; y con ademan de despecho me dice: «Bien está; póngala V. encima de la piedra, señale el campo, y lo veremos.» «Vaya, dije, sonriéndome, ¡como que un caballero ha de saber correr! Harás mas gana y no sacarás con que satisfacerla.» Picado con mi burla, tanto se esfuerza que gana el premio: si bien es verdad que yo señalé una carrera corta, y tuve cuidado de no admitir al que mas corria. Dado este primer paso, bien se entiende que me fué fácil continuar. En breve tomó tanta aficion á este ejercicio, que sin premio ninguno estaba casi cierto de vencer en la carrera á los otros, por largo que el espacio fuese.

Conseguida esta utilidad, resultó otra en que no habia yo pensado. Cuando ganaba pocas veces el premio, se le comia casi siempre solo, como hacian sus contrincantes; pero cuando se hubo acostumbrado á la victoria, se hizo generoso, y muchas veces partia con los vencidos. Esto me obligó á hacer una observacion moral, y me enseñó cuál fuese el verdadero principio de la generosidad.

Siguiendo en señalar en distintos sitios el punto de donde cada uno debia empezar á un mismo tiempo su carrera, sin que él pensara en ello, hice desiguales las distancias; de suerte que como tenia uno mas camino que andar que otro para llegar á la misma meta, el agravio era visible; pero aunque dejaba á mi discipulo que escogiese, no sabia aprovecharse de esta ventaja. Sin atender á la distancia, siempre escogia el camino mas llano; de suerte que como fácilmente preveia yo